addio a la mamma

Fiesta en casa y otros poemas
Noe Jitrik
Ediciones Zona de la poesía americana.

NOÉ JITRIK

Addio a la mamma,
Fiesta en casa
y otros poemas

1960 - 1964

Noé Jitrik nació en la provincia de Buenos Aires en 1928. Publicó Feriados (1956) y El año que se nos viene (1959), poemas. También ensayos: Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo (1959), Leopoldo Lugones, mito nacional (1960), Seis novelistas de la nueva promoción (1959) y Procedimiento y mensaje en la novela (1962). Además, artículos sobre escritores argentinos y temas de literatura nacional en diversas revistas. Perteneció a la dirección de las revistas Centro, Contorno y Zona. Desde 1960 es profesor de Literatura Argentina en Córdoba. El libro que se publica ahora reúne poemas de 1960 hasta 1964 y ha merecido una Mención para la publicación en el Concurso de 1965 realizado por la Casa de las Américas, La Habana.

ZONA de la Poesía Americana
Venezuela 725 Buenos Aires

ADDIO A LA MAMMA,
FIESTA EN CASA
Y OTROS POEMAS

La tapa y el diagramado fueron
realizados por Ronald Shakespear.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 1965, Noé Jitrik, Venezuela 725, Buenos Aires.
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

NOÉ JITRIK

ADDIO A LA MAMMA, FIESTA EN CASA Y OTROS POEMAS

EDICIONES ZONA
De la Poesía Americana

ÍNDICE

	Pág.
Damas antiguas,	9
Beátrice	11
Dichterliebes	13
Las riesgosas aventuras	15
De sentir su risa loca	17
Días sin Chris	21
Dedicado a T. en un año	23
Do you know?	27
La divinidad y sus costumbres	29
Tramposos	31
Fiesta en casa	33
Café La Paz	35
Crónicas Marcianas	37
Addio a la mamma	41
Homenaje a Vallejo	45
Suburbios	47
La llamada	49
El hombre en el pozo	51
El río de las terneras atadas	53
Registro de tinieblas	57
Valparaíso y la furia	61
Arte poética	67

DAMAS ANTIGUAS

Antes de que la muerte
descienda voraz sobre mí
sellando las tumbas de mi memoria,
volveré sobre mis pasos, esos cuerpos,
vientres oscuros refugio de viejas rosas
cuerpos que me perduran,
tanto énfasis caído, tanta mortalidad.

Ahora lo veo y es como si siempre lo hubiera reconocido;
un deleite, una herida, una búsqueda incesante,
nuevos aldabonazos para escenas viejas como el tiempo:
un hombre, una mujer, una ciudad,
enroscados todos sobre la tierra, arenosos,
atrapados todavía por la noche,
agarrados por un hilo de voz, un agua turbia
que yo amaba dolorosamente atravesar.

Quiero decir, las mujeres que mi vida conoció,
pálidas flores, damas suntuosas, humo y viento,
qué será de ellas ahora, cómo descendió sobre sus cuerpos
este espacio de ausencia que infatigablemente recorro;
qué será ahora de esa gloria que entonces adoraba,
esos viajes al fondo de una tierna excitación,
cuáles serán mis restos en esos atrios velados
allí donde ya no se habla más que de muerte y de vida.

Volveré otra vez al Edelweiss y a otros cafés
donde tanta maniobra se prepara
para el salto heroico, para por fin la decisión o la
conquista;
volveré a la orilla del río y a los solapados bares
que simulan el lirismo por medio de la luz;
volveré a las penumbras acechantes a recorrer la línea
de los amores puros, de los amores infortunados,
de las hermosas mujeres que forman mi vida
como los delitos, como las palabras.

Damas antiguas de las que solo queda un nombre,
ejército nocturno que todavía me asedia,
migas de aquellos estallidos, una carta, un pelo
aquellas tiernas procacidades,
un torso que gira y que no regresará,
una voz extinguida que vibra todavía,
tanto drama, tanto teléfono, tanto copetín,
mis confusos recuerdos, mis antiguas damas.

BEATRICE

Debí suponer que no era real su ingenuidad
aunque me deslumbraran
eficaces explosiones diariamente
y un conjunto apasionante de manías.

Después de todo, ¡qué más da!
¿Acaso no estamos siempre buscando razones, excusas, argumentos?

Ella transportaba su belleza
con increible soltura, como si supiera
que a su cuerpo le estaba confiado el bien
de sus manos diligentes, de sus elásticos senos,
de su boca generosa, de sus músculos esforzados.

Todo eso me convenció y me convenció
la disposición con la que aceptaba

las variaciones inesperadas del amor,
esa fantástica gimnasia sin la cual pierden densidad los
corazones
y las palabras se tornan malentendidos o enemistad.

Naturalmente, todo terminó por descubrirse,
la realidad absorbió como un pólipo a tantas figuraciones,
la admirable fe cayó con apenas cuatro palabras crueles
o medianamente reflexivas.

Pero tal vez no sea eso y decirlo sea demasiado:
con tanto pasado encima se confunden estas cosas.

¿Y qué más da eso o lo otro, o seguir creyendo ver
nostalgias donde había curiosidades,
deslumbramientos donde solo había olvido,
abandonos donde había nada más que trampas?

La humanidad con su despliegue perturbador
y una violenta lección nunca aprendida.

DICHTERLIEBES

Una vez, tuve una actriz entre mis brazos:
aleteaba como un gorrión o se arqueaba como una gata,
al conmoverse engendraba oleadas de encanto
mientras con su cuerpo hacía preguntas
que me parecieron inteligentes
o (por lo menos) oportunamente ubicadas.

El verano estaba adelantado y los bares ardían;
presumo que fue eso lo que nos empujó a las calles;
nos arrastrábamos por la noche
y mucha cerveza corrió por nuestros labios,
tanta como el río de amor que nació en mí.

Supongo que mentía por razones profesionales
o tal vez por alguna otra cosa que no entiendo;
el hecho es que pienso todavía en esas certidumbres

y en nuestras sombras fanáticas por ellas,
y las noches, buenas amigas,
me devuelven la escalinata de dolor que descendí.

Es cierto que hubo el deleite que llaman físico
aunque simplemente sea por el descubrimiento:
naves desarboladas que a los tumbos
aprisionan los continentes, negros, blanquecinos o pardos
según corresponda al momento y al lugar.

Pero hubo más,
hubo tortura mutua, un insospechable sadismo
que redujo a cero el ámbito heroico y la conquista:
también temblábamos, pero ahora de maldad,
desechábamos el verano, huíamos pertinaces de la noche,
los nervios nos brillaban como estrellas.

En realidad, estallamos al modo de las bombas
y nos alteramos, con lo cual tanto paseo tuvo su remate.
Pero sabíamos que no era cuestión de derechos,
que ninguna dignidad estaba herida;
era la ficción, era el arte que nos sedujo y nos rodeó,
era la noche y la estación tan avanzada.
Eso después lo entendimos y supimos, con melancólicas
razones,
que una cosa es la cerveza y otra, el amor.

LAS RIESGOSAS AVENTURAS

Casi fue inevitable que cayéramos
uno en brazos, como suele afirmarse, del otro.
Sin embargo, opuso resistencias y ardides
con habilidad que le reconozco
o con astucia.

Tenía un no se qué, un aire,
algo de italiano en su indolencia,
seguramente por su modo patético de amar
o a causa de su costumbre de tomar café.

Hubo testigos de estos aconteceres.
Unos, intolerantes como por ejemplo
las familias constituidas, los impropios vigilantes de los parques
o los salones azules de indecisa intimidad.

Otros fueron adecuados como las multitudes,
las lanchas calientes, los hoteles y los sabios médicos.

El final fue abrupto como un fallecimiento,
fue en uno de esos bares que hay en Caballito.
Hubo vanidad, reconocimiento
y las heridas de toda separación:
como si nos quitaran
un derecho por medio de un error,
un fervor por una escasa inteligencia,
un territorio ganado por un delicado sofisma.

DE SENTIR SU RISA LOCA

A *M. F.*

No me hizo falta un emisario diligente para saberlo:
los lugares no quedan muertos con nuestra mortandad;
nadie me avisó, no salió en ningún diario y no obstante
se que las mismas copas se acercan a otros labios,
que los amaneceres son para otros corazones el linde, el final,
con amigos que fueron del alma, con mujeres amadas y únicas.

Por eso la veo volver a los lugares que yo ya no piso;
ella retorna a esos sitios que fueron entrañables,
bares ardientes donde caían los mensajes,
estratagemas para los encuentros y los testimonios;
allí se alzaba la pasión, los preámbulos de la entrega,

volvíamos luego del amor como si huyéramos;

junto a una mesa roja brillante de modestias
nos rozábamos grandemente afectados por la disipación,
un íntimo café, la pesarosa ginebra;
amábamos esta forma de publicidad, era una apuesta,
el reclamo y la mirada contra una acechante, fatídica
inconexión.
Ella sigue yendo pero ya no conmigo.

Ella deposita otros mensajes de sus manos como pájaros
con una vitalidad que le reprocho y que me hiere;
cuestionará como siempre las relaciones y su transparencia
y engendrará mares de tormento sin duda en el mismo
rincón,
bajo la misma luz, bebiendo las mismas bebidas,
favoreciendo idénticas y tiernas complicidades,
desdeñando las monótonas cerámicas o bien estimándolas,
por decir algo, por mostrarse indómita, por reavivar el
fuego.

Su pertinacia es tan incomprensible como que su encanto
pueda ser arrojado sobre alguien que no sea yo,
esa lluvia de tácitos y de claves que dulcemente me cubría,
la amistad de los mozos de café, los turbios ruidos,
los pálidos concurrentes, todo eso que no gira para mi,
ánimo que me recorre cuando debo restituirme
averiado especialmente por la adversidad.

Declino de la vuelta, dejo a otros lo que fue la gloria y el
secreto,

también para ella las estrellas son lúgubres y las calles
tontas
pero en otras manos mata las mías, en esos retornos
se limpia de mí.

Por qué tanto homicidio, no entiendo esa tenacidad.

DÍAS SIN CHRIS

Hace tiempo una astróloga me dijo:
está bien que vuelvas a tu ciudad,
Capricornio tu signo lo ordena en el día de hoy
sobre el ilusorio mar, bordeando los delfines.
Yo le creía porque estaba ya enamorado
y ahora es la primera vez que lo digo.
Mirábamos el cine en la cubierta, el mar rugía,
enfundados en mantas ardíamos bajo la espuma,
bajábamos en Montevideo a visitar desterrados,
yo traducía diarios portugueses y una canción
pegadiza como un sueño me hacía mencionar a Proust.
Tanto tiempo pasó que ni las huellas,
no queda un solo signo o tal vez dos pelos rubios,
cartas ardorosas, un cuerpo de ave inglesa,
un paseo por el Tigre, saber que eso era el amor,
papeles polvorientos y no muy recordados

y una idea saltarina: que un viaje también preconizado
fue salvado por aquella mujer que llegó al final,
cuando yo miraba con asombro las calles de Buenos Aires
que aparecen hacia el fin del canal y entre los diques.
Ahora escribo cartas pero no más a ella,
puedo incluirme entre los seres vivientes,
mi pantalón no tiene más una triste herida,
puedo hablar de estas cosas y sentirme tan joven,
puedo desechar una rumba de mi tiempo
y preferir un momento de charla, una simple copa,
a muchas promesas que saltan de la noche.

Tan breves estos años, tan rumorosos.

Hace ocho que volví de la tormenta
sin hacer ningún estruendo y así seguramente moriré
tan firme yo siempre en mi cautela.

Hubo dos o tres cosas entretanto, tan rojizas
como por ejemplo un junio de bombarderos,
murió la madre de Mario; fue duro ese período
en el que yo tuve miedo por mi suerte.
Además tuve mujeres y he ganado un tono, este tono,
ritmo de testamento que no contiene nada,
una burla a la avidez, a mi torpeza, a mi cara judaica,
una fértil promesa para los que reposan en mí,
en mí descansan y ponen su juego en esta precariedad,
ponen sus sueños en esta vida irreprimible y perversa.

DEDICADO A T. EN UN AÑO

Si este poema tuviera un nombre debería llevar el tuyo,
que no es un único nombre pues te conozco
llamándote la frescura, llamándote la audacia
y también te llamo la gracia, la gloria, el sol
aunque te conozca en la resonante respiración de mi alma
por el nombre de amor, el de cabriolas y veloces ejercicios,
la entrega, la ternura, la apertura,
la dulzura y también los recuerdos que ya hemos construido
especialmente "recuerdo que hace justo un año",
pero que en nosotros no fue como en el maldito tango
sino un encuentro que creció como las batatas hacia el liviano cielo
o como las estrellas en el viaje sideral de un astronauta,

y esto es lo que hemos hecho a partir de un bolero,
que es cierto nos hacía reír pero que lindo era tenerte,
viajar tan levemente, levitar en una atmósfera de amor,
recuperar todo mi tiempo perdido,
oponerle a la muerte una barrera sutil
que se radica y establece en tus ojos y en tus manos
como yo en esta ciudad,
oponiéndole un abrazo nocturno o una inflexión
proveniente de ese texto que con tu vida estás escribiendo
y que me levanta, me recobra, me poetiza
a un año de la distancia de un abrazo
algo sospechoso en una fiesta sospechosa (Paquito sonreía)
y estando yo el sospechado
de sospechar que la marea que podía envolvernos
no es un privilegio del mar atlántico sino tuyo,
no proviene de otro heroísmo que el que existe en tus
irregularidades,
no brota de otra fuente que la fuente de tus segregaciones,
cuya gloria llevaré a los diarios que no publican nada,
si otro año me es permitido,
si otro bolero viene a confirmarnos
si esto es un poema que te pertenece,
si la temperatura del verano nos vuelve a enloquecer
y ganamos un ritmo tropical que ya se nos insinúa;

pero no todas son glorias, no hay que creerlo,
debo señalar por fuerza tus defectos debo declarar
que tu figura sobre la calle bajo los dos paraísos hacia el
centro

tu lento convertirte en ausencia es una astilla,
un accidente que me lastima
hasta condolerme por mi tristeza que es ya clásica
para el círculo de mis amigos, poetas todos,
para el vasto mundo que se ha adueñado de mi corazón;

otra cosa que denuncio es tu risa que contiene no se qué droga,
la última mescalina, un lisérgico fatal,
una pócima de olvido pues me olvido
de ser el hombre abatido que yo era,
también es un defecto posar de cuando en cuando y no más seguido
tus dedos en mi frente, erguir mi sexo,
mi defensa pobre que mi madre me dotó y que se abate en tus honduras
triunfando al fracasar, sollozando reciamente
como cabe a un hombre pero después desmejorando
aunque sostengas que mi perfil se beneficia
omitiendo el hecho principal tu desnudez,
y también debo quejarme de tu astucia
pues ya no sé si existe algo más allá de tu cintura,
ignoro si la realidad es múltiple o es única
pues es múltiple tu amor y únicas las celebraciones de tu encanto,
y no tengo más defectos que exponer ya que en un año no se puede
reflexionar sobre las estrellas y tenerlas;

por eso me limito a celebrarte, me limito
a poner en tus manos mis manos,
en tus ojos mis ojos y en tus labios los míos
para recibirte hoy, como desde hace un año,
hacia una lenta eternidad.

DO YOU KNOW?

a *D. G.*

Supongamos un desierto,
supongamos que solo las fuerzas paternales te conducen
por el desierto y la brava gente tan impenetrable,
pensarás que es natural que no sepas cómo hacer:
juntarás entonces rodillas con mentón
los ojos muy abiertos y los puños contra el pecho,
sin motivo llorarás pero con muchas ganas
atrapada en ese amor que no te guía y no aparece;
supongamos que no hay drogas no hay bebidas ni pretextos.
sabrás, lo sabés, que despertar es recorrer esas praderas
de hombres exigentes, de arriesgados tes donde la música
es una plaga, un contagio doloroso,
una cristalería que se derrumba:
te gustará sentir el aluvión de las aguas que te bajan de
los ojos

y pedir piedad porque una voz que te suena implacable y
hermosa
te despierta no se qué resonancias, no sé qué desdichas
pero no el árbol querido y viejo de los sueños,
pero no esa infancia a todo preferida;
el cuerpo y los deseos, la soledad y el miedo.

LA DIVINIDAD Y SUS COSTUMBRES

La divinidad se confunde cuando los hombres
la invitan a compartir su té.
Sus formas se conmueven en retóricas ardientes
que no hacen realmente al caso.

La divinidad declina en su moral
frente a los retorcimientos y las violencias intelectuales.
Usa la emergencia para fatigarse y recuerda
cuánto le gusta absorber copetines en lugares elegantes,
y luego dormir doce o más horas por día.

La divinidad no es religiosa
ni cultiva oposiciones mentales,
o hábiles argumentos o falacias:
cuando concurre a las fiestas arriesgadas
juega inocentemente con sus piernas objetivas y eróticas.

La divinidad se oscurece cuando sus amores
aspiran a comprobar sus mágicos atributos.
Entonces los envuelve con su perfume de mar;
la marítima elocuencia de su piel
es un arma increíble para salir del paso.

La agrada a la divinidad que le digan cosas
delicadas y sutiles como en el cine
y con su hermosa incoherencia.
Se le llenan de languidez sus altares
y de gratitud:
en consecuencia, empieza a segregar inciensos,
permite que se le ofrezcan himnos y chocolates.

En el fondo,
nada le gustaría tanto a la divinidad
como ser la única que toque la música de los hombres.

TRAMPOSOS

Ella reprime sus piernas inteligentes
para no estimular los estragos que pueden sobrevenir:
sismos, perturbaciones insinuantes, guerras europeas,
víctimas numerosas de la época y de la depresión
económica.

Se lanza entonces a los teatros independientes,
reside en los cafés intelectuales y busca en los jovencitos
con inspiración indulgente y tenaz pero casi militar.

Desde estas posiciones otea el horizonte
y se reconcentra: lento mundo la rodea
pero ella no se intimida, no clausura su voluntad.
Podría improvisar algarabías si quisiera con su físico,
detener los automóviles veloces y cambiar el curso
de los grupos excitados que gritan contra el gobierno;

su físico podría rehacer la temperatura,
levantar las huelgas y hacer caer las esperanzas
de los miles de pequeños accionistas de la Bolsa;
podría alterar las ideas devoradoras y acuciantes
reconstruir San Juan y levantar a los impotentes
podría hacer quemar todos los libros con la ayuda de Dios
y una leve inclinación de las caderas.

Pero nada de eso se pondría realmente a hacer;
en cambio protesta con melancolía por los irreprimibles
abusos
a que conducen los sueños deficientes y húmedos,
porque no son esas las tierras lejanas,
no es ese el orbe desconocido y grato que quisiera tocar;
aquí no hay más que guiños y promesas,
amargante pago de la habilidad, cavilosa demora,
siniestra luz.

Su paso es elástico y subrepticiamente
penetra en los vicios ajenos, bebe de sus drogas,
escucha sus calipsos y admira las contorsiones,
secretamente se introduce en los clubs nocturnos
esperando hasta la muerte que llegue la madrugada
y enloquece entretanto de placer si la tocan en zonas
especiales,
enloquece si escucha palabras eficaces y ambiguas,
la poesía del amor sin poesía,
la cuchillada de la soledad.

FIESTA EN CASA

Como un tierno lobizón que se transforma
impongo una luz propicia para aparecer.

Enardecidos, clamamos en silencio por el ardor
y convertimos en jungla nuestros dramas.

¿Quedarán por lo menos adherencias en los dedos?

Suena la música que viene de países
y que nos conmueve:
bailamos y con las uñas nos agujereamos la piel.

¿Podrá perderse realmente lo que nunca se tuvo?

La luna intenta corregir mis tentaciones:

ya no seré nunca mis peligrosos recuerdos
sino esta forma del jazz que me persigue.

Romper una copa, dar un puñetazo, gemir.

CAFE LA PAZ

a Mario Trejo

La noche se estira con desgano
y reduce las sutilezas hasta la lástima recíproca.

¿Qué más da?

No basta el laconismo ni la solidez intelectual.

Uno podría preguntarse ¿por qué tanto pudor?
¿por qué la congoja? ¿por qué tanta negativa?
pero no dice nada: el silencio, el humor, la locura.

Hay quien cree en las drogas para no morir,
para penetrar en el oscuro terreno del olvido.
Los otros suelen dudar de esta audacia y no escuchan
esta música.

Finalmente, cada cual se queda con sus razones.

Pero no hagamos de cada cosa un drama,
una sórdida persecución de la verdad
¡entre miembros de una misma especie!
es decir no nos alteremos, no nos pongamos fúnebres.

Lo mejor ha de ser jugar al asesino y su conciencia
o sea ligarnos por culpas que luego fielmente
conservaremos.

Se puede también ser estridente y bramar en el café
o defenderse de las malas intenciones
(¿de las malas interpretaciones?):
¿existe la iniquidad? ¿o es sólo una sospecha,
un poder de destrucción que no se decide a tiempo?

El ruido, la ginebra, las actrices, la noche,
son nada más que habladurías, que conspiraciones;
la necesidad de no perder culmina,
el desamor llega a su punto más alto y es furibundo,
la vida no es lo que salió en el diario
el día anterior acaba de terminar, empieza otro:
los maricones llegan y se largan al asalto.

CRONICAS MARCIANAS

Contra toda inocencia desafiando la historia
viene mi vida a oponerse a mi vida.
Vamos a hablar de estas cosas bajo el cielo amenazante:
es tal vez una imagen, un relámpago pero aquí está,
soy su rama, soy la hoja que el tiempo engendra
y luego sin piedad desecha.

Acepto protestando este destino
y me veo atravesando épocas de cambio,
cuchilladas vanas del hombre contra la muerte.

Mis primeros pasos ocurrieron bajo el fraude
y después mi vida conoció tiempos infames,
conoció el garrote y por fin la perspectiva sideral,
el hombre en el espacio y también el arte abstracto
y también el televisor.

Fue hacia mil novecientos sesenta y los servicios públicos
andaban realmente mal.

Claro que discutíamos y queríamos saber pero más
buscábamos esas revelaciones de náilon,
amorosamente descubriendo cuerpos de mujer
que hacían de pájaro preso en nuestras manos
con música adecuada, licores propicios y otras sabidurías.
Si da melancolía recordarlo,
si uno siente que el diafragma ha ocupado el lugar del
corazón.

Ella es cualquiera que tal vez ya no exista o que no
importa:
sus sentimientos, de todos modos, fueron como el papel.
Así fue su consistencia. Y eso me duele.
No sé cómo ni dónde, pero la escena se repite
con regularidad escalofriante:
tenía yo seis años y miraba, tenía veinte y miraba.

Tuve además algunas despedidas bravas que no me
gustaban,
las recuerdo con ferocidad y dolor de cabeza.
Después de todo, ¿qué podía saber yo?
¿Me hice yo a mí mismo? ¿Fui yo quien me engendró?

Yo soy de los que regularmente visitaba la policía:
era una época triste y casi más decidida que ahora.
Venían y depredaban todo, todo lo manoseaban,
esos libros que amaba tanto, esos recuerdos
que no eran política ni nada sino mi adolescencia.
Destruían no obstante porque vivían, mataban porque
vivían

no como el mal amor que nada quiere,
fueron furiosos pero más dulces que el mal amor.

Tenía treinta años y las indecisiones
eran casi tantas como los días de mi vida.
A los treinta años fue que me llegó la gracia
de la larga amistad con su reposo,
con su lujo de absoluciones y complicidades
y a veces con Platón y sus banquetes y sus tragos.

Todo está claro en este mediodía:
me atronó Constitución cuando llegué y recuerdo
los monstruos de acero y los solícitos parientes,
y Buenos Aires que a los nueve años me marcó para siempre.
¿Acaso no fue la mía una vida desordenada,
no fue mi vida esa perversión que a los niños se señala
pero no como modelo, no como algo que se debe seguir?

Me doy cuenta de que estoy en el medio, que me falta la mitad,
en el mejor de los casos veinte o treinta años
para seguir desterrando miedos y terrores
y luego ir a parar a un cementerio
con la sospecha de haber sido fraudulento también yo,
de haber perdido la vida en cafés, en falsas ocupaciones, en excusas, en sorderas.

Reconozco mis errores: buenas muchachas,
alegres buenas muchachas puras
supieron siempre más que yo sobre esas cosas del sentimiento

y sobre la sinceridad y la veracidad y la condescendencia.

Pido que me perdonen, pido que recuerden
mis variadas lecturas y mi soberbia,
esa maldita cerveza que llegó y lo arruinó todo
y me puso no sé por qué complicado como el demonio.

¡Cuánto he hablado, Dios mío,
entre los años cuarenta y cinco y sesenta!

Desapareceré, sin duda, en una de esas vueltas
que me place imaginar, pero siempre en mi ciudad:
mi eternidad pende de un hilo o de un teléfono,
tres segundos bastarán para que no se sepa nada más
sobre ninguna cosa
y pueda ver en el terreno si es cierto eso que dicen
sobre Dios.

Estos relatos no deben conmovernos ni poco ni mucho,
son la historia inorgánica como el mismo siglo veinte,
intranquila historia y trivial de alguien que usaba la
autocompasión
para resolver cuestiones bancarias, los requerimientos
del amor
o simplemente la lenta desgarradura de haber nacido.

ADDIO A LA MAMMA

Aquí las noches suelen ser claras y las sombras
son como los ruidos, es decir que flamea
la trémula subjetividad y se alza un temor ambiguo,
el miedo confuso que apremiaba la niñez.

Me preguntarán de dónde salgo, qué fin persigo;
yo debería haberlo dicho hace ya tiempo,
cuando podían todavía decirse las cosas,
sin padecimientos grandes pero en cambio con ganas,
cuando yo podía hablar.

Me reprocharon mi ingratitud y yo me alcé,
me largué por una calle intensa con los ojos cerrados;
los lugares nocturnos recorría,
hablaba con los residentes de la noche
y en todas partes me insinuaron la tristeza,
por todos lados alguien siempre me sugería el amor.

Nadie puede saberlo, nadie puede encontrar este rumbo
si el desapego no le fue hundido entre las espaldas,
si no compartió aunque sea levemente esta calamidad.

Qué desgracia los llamados sin respuesta,
caminar por lugares acolchados para el odio y el
sentimiento
y rotoso, con la duda metida en el corazón
y en los bolsillos migas de pasadas glorias;
qué desgracia mirar a las mujeres, comer otras comidas,
respirar como sin aire otras atmósferas,
y no ser sobre todo el niño acostumbrado,
no ser más el tierno vellón sumiso,
el suave niño que la muerte respetaría.

¿Cómo contar estas cosas, quién lo puede creer?
uno aúlla explicaciones y siempre recomienza,
sale del paso con una frase, con la habilidad,
maneja un copetín inteligente
pero pronto o tarde le pondrán un dedo sobre el hombro
y le dirán ¡descubierto! con una voz densa y muy dulce,
tras lo cual poca cosa se puede agregar.

Es claro que es posible viajar
y hermosear los recuerdos para públicos nuevos,
pasar noches sin dormir esperando el milagro del día
siguiente
o se puede envejecer, pero envejecer ¡qué historia!
no cabe en la cabeza que eso pueda sucederle a uno.

En definitiva uno acepta, pálido de terror,
que da igual morir en cualquier parte

y por cualquier muerte.
Todos lo reconocemos, salvo la policía,
todos obtenemos caricias en todas partes aunque no sea lo mismo,
y buscamos todos la libertad, estamos a punto de saber en qué consiste
pero nos perseguimos y luego buscamos consuelo,
silencio, auditorio, promesa,
en las mujeres que llaman de la vida
seguramente porque la dan.

De una manera u otra, alguien anuncia la muerte,
alguien se encarga de decirle a mamá que nunca más nos volverá a ver.

HOMENAJE A VALLEJO

El tiempo raja las paredes de mi vida
mientras yo procuro desembotarme;
cuido dos o tres plantas que no prosperan,
me pongo una camisa roja, me preparo y me aflijo
y vuelvo sobre mí sin disimulo,
mi costado es una piedra,
mi corazón es una rueda penumbrosa.

A veces me siento preso y otras un gamo,
a veces me explico todo y que quedo solo,
me ata una dulce mansedumbre que me retiene,
me libra una intención muy pésima de aliviarme.

Desde hace años me digo reflexionando
mala existencia tan torpe es ésta,
mala estructura es ésta sin culpa y sin vicio,

malo donde no hay drama ni me desnudo.

Transcurro mi vida y así me enternezco,
saco de mí mismo todas las conclusiones
y es entonces cuando me pongo triste;
debería perjudicarme pero no me animo,
tan sólo debería morirme y no me atrevo
por lo que luego me emboto, me limo, me distribuyo.

Es un río esta vida que se me agota;
yo soy un dique cribado por donde el río escapa,
es un sueño que no se puede contar,
la impresión de algo que ocurre en otras partes
o que no haya sucedido nunca o un recuerdo de algo
que no pasó.

Escucho un gorjeo caliente y me debilito,
concurro a calmar a un niño, amanezco,
una mujer se va,
diariamente
me deja metido en mí aunque me ama;
luego me alimento y me describo:
este peñón desbasado, piedra blanda,
hoy un día como ayer, una flojera,
y sigo viaje apoltronado, por lo que me alumbro
y es ahí donde el tiempo se me queja.

SUBURBIOS

Metida en sus sombras la noche sonríe
como un drogado confuso
que no ha encontrado un taxi para regresar.

Tras las ventanas iluminadas alguien vive.

Tras las luces de altas paredes alguien espera
el día de la libertad.

Las calles de la noche devoran a los imprudentes
que creen en el sueño como en una recompensa.

La muerte me lanza requiebros, me corteja,
con su cuello de ánfora me rodea,
me acaricia con su mirada de espuma,
pero yo no puedo, nunca desearé esa oscura carne.

LA LLAMADA

Tomó toda clase de precauciones,
en especial la soledad;
luego, se preparó un café (italiano);
clausuró sus centros sensibles y de pronto
los niños no gorjearon más su algarabía;
sus pensamientos se ordenaban milagrosamente
y allí donde hubo caos y pasión empezó a reinar la calma;
se metió en la cama sin levantar tormentas,
el sumo cuidado, el cálculo extremo acallaron
las palpitaciones restallantes: el mundo estaba perdido,
era una boya gigante moviéndose en un fango blanco.
Junto a la cama recorrida infinitas veces,
cerca de un cuerpo gastado como un recurso que fue
brillante,
el café resplandece con un tímido vapor,
en él se diluye un ácido misterioso para la muerte,

la repulsiva puñalada que cortará las coyunturas
y destruirá las ambiciones y los deseos.
Todo está preparado: la soledad, la carta,
una explicación siempre imperfecta, la pócima.
La bebe con cierta falta de objetividad, es decir
que experimenta una intensa piedad por el cuerpo tan castigado
pero no es más que un instante que cede a premiosas circunstancias.
Después las cosas se deterioran y no se las puede parar:
un recuerdo es primero una impresión, luego una cara,
después una jarra monstruosa, después algo así como Satán.
Finalmente se rescinde la perplejidad y ya de una vez
el barco atraviesa la frontera, empieza a tocar con la quilla la zona
tanto tiempo perseguida, tantas veces temida;
pero no llega: un teléfono suena metódicamente y sus campanadas tristes
atacan los detalles, derrumban la afanosa preparación;
los decorados se caen y no queda más remedio que volver;
el regreso es tan penoso que no se puede casi hacer.

EL HOMBRE EN EL POZO

Me saco de la ciénaga
con una mano;
vuelvo a caer, me tiro del cuello
con una mano:
un canturreo de pájaros me enloquece
mis pasos en el barro son
campanadas
para mis hijos;
vastas mujeres ardientes reaparecen
vuelvo a caer, me tiro del cuello
con una mano.

EL RÍO DE LAS TERNERAS ATADAS

a Gustavo Roca

Tu corazón, andinista precoz,
late irregularmente
en la hormigueante y enferma noche.
Pájaros y zorros y tormentas súbitas
te succionan con su atractivo feroz.
Entretanto, un heroico caballo,
tocado por la indiferencia,
se desliza cautamente por los cerros colorados
por los montes negros o por los valles ferrosos
sintiéndose en lo alto el centro de la vida
pero también las tentaciones de la muerte,
algo así como una camisa felina para un pecho peligroso
entre las nieblas pálidas y las piedras.

¿Qué pueden valer estas declaraciones, estas astucias

frente a las exigencias de tu claridad?
sólo son consuelo, mano amiga
mientras tu corazón espera otra cosa, el momento de no dar más
para devolverte de un salto a la costumbre de la anomalía,
andar por ejemplo en los cines torciendo el cuello
o ser el boxeador trunco que pega inconsolables recortes.

Entonces es cuando salta a tus pies
el mago infernal de los bares atribulados,
el que distribuye el agua fresca de los copetines
y decide que el jazz se ponga en movimiento.
Ese fulgor es breve pero su luz de un segundo
basta para que tu corazón
elimine el mundo trivial y su petulancia,
basta para que tus emociones retomen delicadeza,
para que los ruidos de la ciudad te alimenten
y no como casi siempre te destruyan.

Pero éstas no son armas si es cierto que la vida es un combate;
es eso y mucho más y uno debe estar aquí y allá
aunque vos, en realidad, estás en esas caídas a pique
que esperan detrás de las rocas y las tardes blanquecinas,
en los arbustos y la salvaje menta
más que escuchando pesadas confidencias,
relatos de camilla sobre problemas conyugales,
estás en esos baños fríos de la sierra,
lugares difíciles de ubicar, arduos para llegar
pero tan refrescantes a pesar de los duros rayos del sol.

Esta plenitud puede ensancharte los pulmones,

puede fortalecerte de un deseable ígneo orgullo
lo cual no quita que todo sea una argucia,
trampas de la naturaleza para heridos de guerra
que no aceptamos, tan impávido se queda el corazón,
humedecido no obstante por un tajamar eterno y sibilino,
calentado por el sol que tras las nubes pizarrosas parece
un espectro;
no aceptamos estas fastuosas falacias
quizá porque uno quiere conciliar disipación con amor,
cruelmente quiere reunir ascetismo con hambre desatada,
infinito ardor sexual con fría disposición de examen.

Todo esto no es más que sueño y fiebre,
vértigo de contrarios, una congregación de fantasmas
a la hora de la fatiga,
es decir animal necesidad de descanso para el corazón
que no puede defenderse más del mundo acechante
de modo que se larga sin aliento a subir por las cuestas,
aspira el aire de cañón del río atronador,
se despierta con los fuertes olores,
se introduce en los enigmas de las grutas antiguas,
se sumerge en las sombrías piletas naturales.

REGISTRO DE TINIEBLAS

Detrás de esos tres abedules
que puedo tocar casi con la mano,
existe un espacio blanco que yo llamo muerte
pero que los demás llaman distancia;
mucho más atrás debe existir el contrabando,
fatuo, incongruente impulso de ilegalidad
dentro de un clima de opresión como es este que vivimos.

Más allá de esos árboles
que se ven desde mi casa,
es de una gran constancia la buena temperatura;
tan material, tan corpórea que se podría sorber:
algunos la incorporan a sus mejillas robustas
ignorantes de que un arduo viento del norte
torna en maldad tanta codicia de salud.

Los tres abedules retienen la perspectiva
que se desprende no obstante inconteniblemente,
así como cayó de una boca materna una condenación atroz;
tapan una promesa de sierras ardientes,
de penumbrosas hosterías grises entre las nubes,
lugares donde es grato despertar, donde ya te amaba,
ferviente y clandestino como mi propia desdicha.

Más aquí un hombre emerge con ojos inhábiles,
sale de su libre prisión de sueño
y se incorpora, exige su cuota de existencia:
lo miro, me asombra, mueve mi lenta ternura
pero ya transcurrió este instante;
debo prevenirlo contra este espanto,
la vigilia es dura red de argucias y desconciertos.

Vuelvo a buscar con mis ojos los árboles,
el atardecer los rodea de un súbito temblor que yo
percibo;
como la tarde estoy declinante, estoy como la tarde
multicolor
por lo cual camino ferozmente mirando por las ventanas,
duro de una envidia sin objeto,
ávido como un policía jubilado
para quien sólo existen ahora los crímenes propios,
justamente lo que no se puede castigar.

Ahora quisiera centrar mis cavilaciones:
mi cuerpo, por ejemplo, alberga su pasado;
no es inútil recordarlo; quiero decir que yo soy
tantos amores no consumados, tantas palabras calladas.
Todos conocemos esta peculiaridad

que sirve sólo para darnos importancia
pero no por cierto para enamorarnos de nadie;
es tan absorbente el aullido del perro
tan firmes sus mordeduras.

Me parece ver otra vez los abedules siniestros;
bajo sus robustas ramas debe haberse colgado alguno,
preferentemente una mujer acorralada por la desgracia;
la cara terrosa y desmesurada de la muerta
tiene que haber provocado aprensiones,
tiene que haber engendrado fiebres e incómodas imágenes.
Ahora hay que tener cuidado, hay que atenerse a los
datos conocidos:
nos rondan la muerte y los ladrones.

O bien nadie nos mira con deseo bajo esa sombra
y resentidos le inventamos miedo a nuestra
intrascendencia;
más aún, en la protección del viento embotellado y
murmurante
la presión de la costumbres, abominables respetos
y dulzuras,
viene a amarrarnos para siempre,
ata nuestro barco, sofoca nuestras tormentas,
reduce a un gesto inicuo nuestra impaciente rebeldía,
nos pone en la pista de la verdadera,
de la poco cautivante desolación eterna.

Esos árboles me lo gritan, sus hojas me lo sollozan:
caminar por el mundo, ver qué nos está pasando
y luego reconcentrar el jugo de los acontecimientos;
un trabajo infernal para desesperados,

más un veneno que la esperanza
de ir más allá de dos o tres frases triviales,
que todos repiten desde hace años
sobre alguna lejana culpa o sobre el tiempo perdido.

Pero esta no es la claridad verdadera:
el ritmo lejano de los árboles contra el cielo,
ese balanceo que puedo medir con mi sangre,
no me quita imprecisión,
no me aparta la furibunda trompa
del destino que me succiona,
no me salva de la ignorancia total,
no suaviza perversamente las crueles vías
por donde se arrastra quejoso el carro de la muerte.

VALPARAÍSO Y LA FURIA

a Franklin Quevedo
a Carlos Ossa

Puerto suave, lámina de amor,
valle de garzas viejas y de avidez,
tantas esperanzas cociéndose al sol
con olor a tumba y a mar de iodo fuerte,
tanta ternura desparramada entre ilusorias sirenas
y el recuerdo de los grandes hombres
y las bravísimas batallas y las depredaciones horribles.

Estalla el agua fría contra una tenue ribera
y es como una fanática señal para los extranjeros,
el clarín de la invasión:
desde dentro y desde el mar abruman Valparaíso
y le descubren una hundida ansiedad y se salvan,
buscan la fruta perdida,

un vino que los devuelva al mundo y a la juventud,
recorren las calles, descienden las colinas,
muerden la conchilla y la espuma,
enloquecen en confesiones inaguantables,
a duras penas atraviesan la noche crujiente de peligros.

Un hombre me habla cautamente de su vida;
su voz es monótona y lisa y ha abdicado de la rebeldía:
ayer lo abandonó la vida y hoy emprende una danza
pesada
hacia un futuro congelado;
mientras llega este momento se refugia en el Neptun Bar,
toma ese vino radioso del sur
de tiernas gotas y tempetuoso residuo.

Aquí me han sometido las costas y me detuve;
en Valparaíso perdí mi última carta, mi oportunidad
en un tiroteo que la memoria magnífica y enaltece;
aquí la vida quiso hacerme su corrección final
pero me mantuve, arrinconado contra los cerros vacilantes;
¿cómo permanecer bajo las fervientes ventanas?
¿cómo soportar el vértigo de los niveles y la extravagancia?
ese mundo de escaleras fatales y de aires encañonados,
esas estratagemas para reducir la niebla y para conjurar
la pretensión de sobrevivir, el orgullo de dudar.

El hombre arrima su vaso y su voz
niega todo estremecimiento, desdeña la más ínfima
emoción.
Su congoja es tanta que nada se le puede reprochar.
Murmura, no hay nada valioso por aquí,
salvo la luz y esos pinares, las alamedas,

nada excepto viejas costumbres edilicias.
Nada vale la pena por aquí, declara,
salvo la temblorosa memoria,
la muerte y la destrucción.

Pero es otra cosa, no sólo la cavilación sobrehumana,
es otra cosa que brota del recinto mismo de esta ciudad,
tres veces asolada por el mar, una vez anegada,
cuatro veces sacudida por las montañas, dos veces vendida,
una vez liberada y tantas veces derrocada por el
transcurso;
es lo mismo que hoy nos precipita contra las vanas
embarcaciones,
huidizos huéspedes, mujeres vibrantes, sátiros
desubicados;
es el tiempo que procede aquí del mar, allí se engendra
en medio del tumulto de los peces y las desgracias
infinitas.

En Valparaíso he buscado una estrella sin encontrarla,
un ardiente pólipo que el océano tira sobre la playa;
en el cuello de esta encrucijada concedí cuerpo y carne
a una apremiante sombra,
apenas un incidente colmado de prostitutas
y de mi declinar constante,
el asesinato legendario de un malvado
o la víctima inocente de una ciudad que promete restitución
y entrega irrisoria angustia para los desposeídos.

El bar es oportuno y el hombre cede:
mañana lo dejará su antigua compañera,
una estría de amargura en tanta vida en común;

no obstante el hombre se siente solo y balbucea,
sus recuerdos se precipitan por un agujero siniestro,
alcohólico y lúgubre repite qué puedo hacer,
mientras la ciudad lo come de a pedazos,
un grupo de niños lo acecha,
América lo descarta de su objetivo final.

La ciudad revienta de gritos y provocaciones,
las frutas y los arduos erizos trastornan la calma;
ya todo está perdido, esa luz empalidecida anuncia el terror:
Valparaíso estalla cada cincuenta años
y trepida cada cincuenta segundos: es el mar, las grutas violentas;
miles de peregrinos una vez por año ruegan absolución,
solicitan de vírgenes renovadas el perdón para la hora tremenda:
busco los rastros de ese destino bordeando un malecón de nombre inglés:
no he visto el pánico sino una muchedumbre
que ya no puede separarse de su suerte y de su patria,
una gente que no sobrepasa las últimas estrellas ni las tristezas iniciales.

El hombre se reduce a sus límites cansados:
un poco de condimento para una flaca comida.
Y declina de las respuestas para afrontar la vida;
es en la madrugada que lo fusilan por los errores cometidos,
lo condenan al desconsuelo y a perseguir pistas falsas
en medio de la noche engañosa y velada;
el hombre sangra y trata de conocer la verdad:

todo se ha deteriorado tanto que no hay cómo recomenzar,
dónde empieza la triste historia, qué me espera ahora,
ya no es mío este cuerpo ni esta floja sangre me pertenece,
cuándo nació esta opresión, quien fue el que la inauguró.

Uno anda y anda por Valparaíso como mendigo sombrío
pidiendo una revelación, una recompensa, un tono de voz;
no se puede alejar un pensamiento envolvente y único,
no se puede terminar de hundir una imagen en un
nefasto pantano;
aquí se recuerda los hijos y las mujeres acribilladas por
el amor,
vuelven los potros jóvenes que uno destinó a la
perplejidad,
renacen esos cuerpos que la distancia en vano mitiga:
no hay nada que hacer sino escuchar los sabios ruidos
del agua,
solo queda respirar el aire amenazante y dócil,
solo queda escuchar chilenos convencidos de una gran
misión
y esperarlo todo de las tristes colinas, de los cerros
violentos desde donde
bajarán los ángeles de la luz a recuperarnos para la vida.

ARTE POETICA

a Paco Urondo

Hay algo que titila en el plexo
hay una punta hiriente a la altura del poder de maldición

nada puede salir de este derrumbe
solo lo que queda después de una gran devastación, la paciencia

un recuerdo ha trepado por la memoria y se intensifica
los focos revientan sobre la perplejidad

¿es posible que hayamos llegado a tal extremo?

debo excluirte, hijito querido, ruidito del amor
de las maldades calientes a las que no puedo renunciar

me sube el pavor y se me atranca entre los dedos
balbuceo y el tormento se desorbita
las palabras
las palabras
un clima inalcanzable
para siempre el borde
nunca el abismo.

ÍNDICE

	Pág.
Damas antiguas,	9
Beátrice	11
Dichterliebes	13
Las riesgosas aventuras	15
De sentir su risa loca	17
Días sin Chris	21
Dedicado a T. en un año	23
Do you know?	27
La divinidad y sus costumbres	29
Tramposos	31
Fiesta en casa	33
Café La Paz	35
Crónicas Marcianas	37
Addio a la mamma	41
Homenaje a Vallejo	45
Suburbios	47
La llamada	49
El hombre en el pozo	51
El río de las terneras atadas	53
Registro de tinieblas	57
Valparaíso y la furia	61
Arte poética	67

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
NOSEDA Y CÍA.
CALLE TUCUMÁN 2926
TEL.: 87-6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
JUNIO
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y CINCO

ZONA de la Poesía Americana

Fundada en Julio de 1963
con la aparición del primer
número de su revista.

COLECCIÓN DE POESÍA

Francisco Urondo, Nombres, 1963.

Noé Jitrik, Addio a la mamma, fiesta en casa y otros poemas, 1965

Lola Thorne, La edad natural, 1964

NOVELA

Alberto Vanasco, Los muchos que no viven, 1964

EN PRENSA

Antología Interna, con poemas clasificados temáticamente de Edgar Bailey, Miguel Brascó, Ramiro de Casasbellas, César Fernández Moreno, Noé Jitrik, Francisco Urondo y Alberto Vanasco.

Del otro lado, de Francisco Urondo (Mención para la publicación en el Concurso de 1964 de la Casa de las Américas, La Habana).